

gerundio del mismo verbo, y después el participio. . . . y ¡Ahora duérmete; Eso quisieras! ¡Pero no sucederá, que la palmeta andará lista para despertarte en volandas!

Conque á cumplir la condena y andadodo ¡zopencos!



DESDE la caída de campanario abajo de un arrapiezo en momentos que echaba la «Chiquita» á vuelo por tarde que se celebraba la Virgen del Rosario, caída que le valió el apodo de «bola de hule» por haber salido ileso del golpe, Cordero,¹ el diligente Cordero, no dejaba de tomar sus precauciones para evitar que los muchachos subieran las desconchadas escaleras de piedra y andar á carreras y equilibrios por bóvedas y cúpula, y á tirones y repiques con cuerdas y campanas.

El hecho era tan reciente que no podía olvidarse, y, parte por este recuerdo, parte por la prohibición de la policía, la

¹ Véase el capítulo 3^{ro}. de «Perfiles del Terrano»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Bibliotecas U. A. N. L.

puerta del campanario, antes á merced, sin manera de dar con la maña y habiendo de los granujas, estaba de diario cerrando la ocasión de salirse con su intento, á piedra y lodo con lástima de los rapaces, y se abría sólo á la hora de los repiques; el hijo de Doña Mónica, que tenía ques para darle paso á la mezquina en Chencho un amigo á todo ruedo, no le manidad del campanero y á uno que ot se le quitaba de la zaga, y adonde iba zagalón que le ayudaban á tirar de Chencho, allá le seguía, confiado en los cuerdas y á echar los repiques, á mañan puños del entoncés mozalbete que ya se y tarde, por días festivos; esta severa traía una dedalada de bozo sobre el labio, gidez de Cordero y el obstinado cerr una punta de barba por las quijadas, un miento de la puerta, abrían más el de voz en falsete en la garganta y redonda seo de la subida entre los chicuelos, que nuez en el pescuezo, con todo lo cual con- encontraban muy de su gusto aquello de taba para ser un pillete redomado, de repique á vuelo y el campanear á tir los de zancas al aire, panza al trote y pi- cuerda á la hora de la queda. cardías en la boca.

La manada de rapacejos, domingo con Ni engaños, ni tentativas, ni artificios domingo, merodeaba alrededor de valían contra la testarudez de Cordero, puerta sin encontrar en su memoria quien erre que erre, no abría la puerta «sésamo, ábrete» para ganarse la entrada fuera de tiempo; y firme en su tozudo da á hurto del inflexible Cordero. propósito, le cerraba el paso á la desbor-

Chencho—aquel Chencho goloso que dada banda en la primera intentona de conocimos atiborrándose de golosinas en subida; y cuando no la contenía con erudez la piñata—capitaneaba la pandilla que dezas de palabra y amenazas de lengua, intentaba tomar por asalto el campana bueno resultaba un pial* con que man-

puerta del campanario, antes á merced, sin manera de dar con la maña y habiendo de los granujas, estaba de diario cerrando la ocasión de salirse con su intento, á piedra y lodo con lástima de los rapaces, y se abría sólo á la hora de los repiques; el hijo de Doña Mónica, que tenía ques para darle paso á la mezquina en Chencho un amigo á todo ruedo, no le manidad del campanero y á uno que ot se le quitaba de la zaga, y adonde iba zagalón que le ayudaban á tirar de Chencho, allá le seguía, confiado en los cuerdas y á echar los repiques, á mañan puños del entoncés mozalbete que ya se y tarde, por días festivos; esta severa traía una dedalada de bozo sobre el labio, gidez de Cordero y el obstinado cerr una punta de barba por las quijadas, un miento de la puerta, abrían más el de voz en falsete en la garganta y redonda seo de la subida entre los chicuelos, que nuez en el pescuezo, con todo lo cual con- encontraban muy de su gusto aquello de taba para ser un pillete redomado, de repique á vuelo y el campanear á tir los de zancas al aire, panza al trote y pi- cuerda á la hora de la queda. cardías en la boca.

Ni engaños, ni tentativas, ni artificios valían contra la testarudez de Cordero, quien erre que erre, no abría la puerta fuera de tiempo; y firme en su tozudo propósito, le cerraba el paso á la desbordada banda en la primera intentona de subida; y cuando no la contenía con erudezas de palabra y amenazas de lengua, bueno resultaba un pial* con que man-

daba zurriagazos á diestro y siniestro poniendo en dispersión á la cáterva atravesada y vocinglera.

Pero el mucho discurrir de la chiquillería dió en el hito para tomar la puerta por sorpresa. No había cosa que más arrebatará á Cordero que el grito bullicioso y continuado de «¡Jala, Cordero!» Al oírlo, montaba en cólera, salíase de quicio (y en verdad que dejaba el quicio de la puerta donde se estaba de centinela), esgrimía el pial, y echando ternos por la boca — pues no todos habían de ser latigones — se iba en volandillas tras de los gritones, alcanzando á este con la tunda que disparaba, empujando al otro con la mano que le quedaba libre, para volverse al umbral una vez que dejaba desgranaada aquella mazorca de zorrastrones.

Chenchó, el astuto Chenchó, ideó la celada en los bancos de la escuela. «Ya saben — dijo al corro que le oía con la boca abierta — Gañote grita: «¡Jala, Cordero!» Yo cojo la puerta en cuanto se me

me á colter detrás de Gañote y tóos me siguen hasta llegar arriba.»

Muchos se admiraron de la argucia y más aplaudieron la inventiva del Chenchó; y como se prometían un triunfo seguro sobre la vigilancia de Cordero, esperaron con impaciencia, desde el lunes, el domingo siguiente para poner en planta la estratagemá.

Llegó el domingo señalado para la burla; antes del primer repique ya se veía la puerta del campanario cercada de muchachos. Como de costumbre, apareció Cordero; miró con ceño aferruzado á los del cerco; sacó de entre la pretina del pantalón la brillante llavesota; gruñó la cerradura y abrióse la puerta; aún no volvía la llave á la pretina cuando Gañote, con ese su vozarrón que Dios le había dado y que el diablo ahora hacía más penetrante, gritó repetidas veces: «¡Cordero, jala!» «¡Jala, Cordero!» Dió un salto Cordero, abandonando el resguardado puesto, enarboló el pial y

¡zas! se fué á brincos y á zancadas, á carreras y á rodeos en persecución de los insolentes; y por el salto aquí, y la carrera allá, se descalzó de un pie, cayendo una de las descomunales chancas, que usaba por temporada, como rico botín en manos de los rapaces, que la tiraban en alto con gran vocerío y estruendo; en tanto, Cordero, á la pata coja, con el pial por los aires andaba desatinado de un lado para otro sin dar en firme los correazos que con rabia tiraba, y del mucho correr y levantar el zurriago se le enredó entre las piernas y cayó por tierra echando maldiciones y juramentos, con gran escándalo del sacristán que se santiguaba y reventaba de risa al ver el trance en que se encontraba el campanero; todo esto pasaba en tiempo que Chencho se escurría por la puerta franca llevándose á rastras á Nicho, seguido de unos diez de la partida; ganaron las escaleras en un periquete; mientras la correa se

guía menudeando golpes y el «¡Cordero, jala!» en gritos por todas partes.

Repuesto Cordero de la caída, daba una carrerita sobre los de abajo y otra con gana de tomar el campanario; se quedaba á piernas abiertas, sin saber qué partido seguir ante tan intempestivo ataque, con lo que dió espacio para que los de arriba cogieran á su sabor lugar y cuerdas por bóvedas, campanas y badajos.

Nicho se achantó en un botarel de la cúpula; Chencho se escondió en el contrafuerte de una bóveda, y los demás se desperdigaron por barandales y pilas-tras como en terreno conquistado.

Cordero, que fuera de tirar de las campanas no sabía mayor cosa, se aturrulló sin poder enderezar el entuerto; y como no era hombre que se calentara el magín con difíciles soluciones, optó, á poco esfuerzo, por dejar las cosas en estos y otros tales; subió los escalones de dos en dos por largos trancos y se metió en

sus campanas á lanzar el primer repique para llamar á misa.

Al oírse el toque, los muchachos entusiasmados por el ruido metálico y sonoro de los broncees, se fueron á las campanas como á cosa suya; quien tiraba del «Segunda,» cual de la esquila, tal del esquilón, y Cordero, arrebatado por el ruido del repique, halaba loco de la cuerda de la mayor, que cerraba con su tono prolongado y hondo el vibrante campaneo, disparado alegre por las ondas sonoras del aire en quietud. . . .

Pasados los momentos de sorpresa y calmados los instantes de entusiasmo, Nicho, receloso, dejó su escondrijo; trepó por una bóveda, paróse en la balaustrada, no sin sentir al principio el vértigo del vacío, y desde allí se puso á mirar en todas direcciones el inmenso y colorido panorama que ante sus ojos deslumbrados se desarrollaba brillantemente.

Primero su vista, contraída por la intensidad de la luz, abarcó todo aquello

en un conjunto policromo y sonriente; su imaginación de niño voltejaba, ofuscada, por los alumbrados campos con encendidos reflejos de oro y escarlata, cual si en sus inconscientes manos tuviese un caleidoscopio y lo moviera por el impulso de su curiosidad infantil; después sus pupilas se ensancharon y el paisaje ribereño se le metió por ellas, yéndosele en hilo al tierno y sensible cerebro.

La mirada versátil era atraída por el reverberar de la faja cristalina del río que se desenvolvía por el lado del sur, derribando barrancos y espejeando caseríos; antes de deslumbrarse con la diáfana extensión del «Papaloapan,» el zócalo,* diminuto, simétrico, con un almázcigo de arboleda y plantas, apretado de hojas y pintado de variados colores, sobre el cual se yerguen con arrogancias triunfales las esbeltas yaguas, convidaba á detener en él la vista para á poco dirigirla á la torre del reloj, que se empinaba también, como para contrarrestar la altane-

ría de las palmas, rígidas, inmóviles, espacioso, á abreviar al pie del huracán ba- una ráfaga que agitara sus combos y al tranco; más distante «San Pablo,» con sados penachos; del reloj se iban los ojos su corral de ordeña, á la sazón desierto, al Palacio Municipal; un tanto raquíbio está á la vera de la orilla balanceando su por la distancia, no obstante sus prete blancura en la callada tersidad del agua; siones de señorial mansión, abatiase ante de allí para arriba, y en la opuesta ribe- la magnánima esplendidez del paisaje, se apiñan unas casas sombreadas por costanero que se ganaba todas las miradas altas, cocoteros y circuidas de copudos das; el sol no estaba muy alto; humeaban árboles, entre los cuales algunos incli- el horizonte por los vapores que arrastraban sus viejas ramazones hasta remojar- caban los matinales rayos; la línea roja en el apacible caudal del afluyente de los tejados, sucediéndose como ecer del «Papaloapan;» es «Santa Rita,» un re- impertinente en la ribera, no eran tanto el trazo de paisaje holandés incrustado en el elevados que ocultaran el río, que, manso y lujuriante, verdeguear de los solitarios transparente y coruscante, dejaba pasar los campos; Del lado del sureste, aunque el pano- nas y húmedas; allá, la quieta superficie parece el mismo, con ahondar la del «San Juan,» con brillos de acero a vista y afinar la observación, se ve que temple, venía tardo, sumiso y cansado; hay diferencias entre los matices de ver- á lamer; antes de echarse soñoliento en de glauco, esmeralda y cetrino, y el verde brazos del «Papaloapan,» una lengüeta azuloso y amarillento de la parte del sur; de tierra cubierta de serpeantes zacata por este otro lado se suceden cejas de les y de hierbas espigadas, donde pasta monte, obscuro y apeñuscado; vegas de paciente el ganado, ó baja, grave y des- abundante y fresco pasto; enmarañadas

arboledas, entre cuyos sombreros se ven los ganados; cintas plateadas de ocultas nebulas la apagada boca, cual si fueran riachuelos; lagunas pequeñas de murmuración que indicara al viandante que esas aguas que hacen fértiles las tierras refrescan las vacadas; toman reposo los ojos al mirar «San Rafael» en un claro del monte, subido sobre el barranco, por dos trapos blancos que lo quean en el cielo; «Papaloapan» describiendo zig zag por las dos riberas, que se alcanzan á ver desde la altura; al hacer un ángulo en la orilla de aquellas abandonadas y ágrestes, la vista se apacienta, fatigada; y esparciendo el dilatado mirar de tanta luz y reverberos, en el horizonte hasta las brumosas lejanías, que circunhecho «La Magdalena,» que está allí á modo de celoso guardián de aquellas prósperas selvas y montes distantes, un medroso y cultivadas tierras; los ojos aliviados se alarga, por la meseta y fértil, se fijan en la orilla izquierda, la cual intenta esconderlo á despedida por la que culebrea el río en profundo brillar reverberante; es el río de «Codos cantiles y en barrancos tapizados de solación,» á una de cuyas orillas se ocultan, al término de corto correr, predios rústicos con ganadería á la que el bosque que se enmaraña como murgorda; para matar el deseo anhelante, cubriendo el agua que se acerca por curiosidad que despiertan aquellos matorrales á pasito por entre cañaverales susurros y aquellas veredas, aquellos riachuelos y ondulados maizales. Los ojos y aquellos ranchos, el «San Martín» La vista que anduvo ofuscándose por

aquel diáfano cristal del «Papaloapan» cruzada de extendidas cercas para impedir la invasión de ganado propio á tierra de aquí para allá, sin parar un punto ajeno; donde á las veces bulle y aleja la línea roja de los puntajes, una mancha negra de voraces zopilotes, interrumpida por la verde que hacen festín en los fétidos despojos de los árboles copudos y las ramas de bestia muerta; y, por remate, una onoflorecedas de los patios; detiéndose en la simulación de médanos, escamosos de verde blanco mate de las encaladas paredes; la vegetación que no les llega á la cima, á ser en la continuación simétrica de arcos de semejanza de cabeza calva que deja al destapilares, que se levantan gentiles sobre el abierto la coronilla, se ciñe por el lado de rojizas vetas paralelas de las aceras, del norte para indicar al espectador; ellas para el verdoso tapiz de las calles, discurren del «Papaloapan» que corre á favora resuelta por desordenado monte, denoso á pagar cumplido tributo al arroastro del cual apunta el albo color de algante y ceñudo mar; y de los médanos na casa, ó el cenizo de las barracas que se pasa á las palmas seculares de «San abundan por las afueras, con el humo Miguel» y de la pequeña ermita, con su de la leña que se eleva de las techumbres achaparrada y sus campanas cascadas miserables, ennegrecidas y endeblecidas, al cementerio, lugar que no es suficiente la llamarada de la quema para prepariente á hacerlo lúgubre el semillero de la tierra y sembrarla luego; y los ojos cruces que guarda ni los oscuros cipreses ran en redondo, y allí la «Ciénega» es que severos se levantan á la entrada, y agua bruñida, reflejando el azul cobalto bebido, quizás, al fondo del paisaje en el del cielo, sangrada por largos cañales que se destaca, todo él fresco, lozano y que llevan el riego á labrantías tierra floreciente, por donde la naturaleza se

BIBLIOTECA
D. A. N. L.

ostentaba con toda su vitalidad y pujanza quedaba sintiendo el cosquilleo de la vida para hacer olvidar al hombre el temoración que se le metía muy hondo por la muerte y traerlo á pensaren la trampa; después se pasaba á la esquila á la tación eterna de las cosas humanas. darle toquécitos con los nudillos, hasta

Nicho se hartó por vez primera de aque terminaba por el esquilón; en éste sí derroche de luces, colores, reflejos, que se estaba las horas muertas por el de los, visos, cambiantes y matices, sin darse con que recibía su oído las notas auri se le un ardite el chuchicheo de los monas de la campana; Chencho había leído chachos que en las campanas, á que to en la «Chiquita» la fecha y el nom á que yo, se disputaban el esquilón y ore, que en bien trazadas letras romanas «Segunda» sin regañíos y aspavientos codeaba la banda de sobre la falda con es Cordero, quien, dócil y confesido en se letrero: «25 de Julio de 1844.» — «La arranques, se estaba mano sobre manija del Muñeco.» Y sabía que la «Se sentado en el tablón que da paso de la segunda» estaba en camino de cumplir un veda del coro al arco de entrada del castigo, con seguridades de celebrar su cen panario. *simio aúmpaq el sh y «tenario, aunque nunca pudo leer los lati*

Chencho, menos taciturno que Nicho, que, como otros tantos jeroglíficos, nada que le placía el panorama que por enlazaban con grandes rasgos en la todos lados le salía al encuentro; su gus endida boca cubierta de verde pátina, no lo hallaba en el repique; todo se le iba obstante de saber el «dominus vobiscum» por ir de aquí para allí palpando las camp de la misa y el «ora pro nobis» de la letanías y auscultando sus redondos vientres; se entretenía en hurgarle la hendi propinaba un papirotazo á la «Segunda» para á la esquila, herida de que se lamend pegábase de oídos á sus bordes, y así iba en cada tañido que le arrancaba la

cuerda agitada para dar las dos de la tañer y doblar el toque de ánimas; y se ba vueltas y vueltas para rastrear padrugonas campanas; cuando pendía la mayor, rajada de la pagunda,» se gastaba la voz en imitar al za y comida por el lado en que la golpea esquilón, y, por mucho que se esforzaba el badajo; y en aquella parte sobada, se quedaba cinco puntos abajo de la por el continuo uso, Chencho creía violeta límpida, sostenida y vibrante del lumbrar con ojo de zahorí las láminas argentino repique de aquella campani- visibles de los diferentes metales que esta que al tocar parece que llama á asam- traron en la fundición; se metió tam- blea á todos los ángeles y querubines, á entre campanas, que acabó por conocer todas las vírgenes y santos de la mismí- las nada más por el toque de éada una síma corte celestial! . . . Y todo esto pen- ellas: esto entre las menores; porque Chencho, á su manera, mientras se mayor no ofrecía su ronco tañer maner enardecía con los repiques y manoseaba de confundirla; era la esquila aurina acariciaba, pasándole la mano por los sonido, con un retintín cristalino de reg- tientes, cual por los lomos de pacientes cijada risa infantil, en la cual le salía m- aballerías, á las mimadas campanas; en que otra nota quebrada á causa de la gri- tanto que su pacífico compañero, Nicho, ta que se le abría por un costado; la «Ch- gateaba con miedo sobre la bóvedas y quita» era de tintirintín alharaquiente se ensordecía con el eco estruendoso de lenguaraz y parlero; el esquilón ¡oh ele- los bronces echados á vuelo.

Y acabados los repiques y calladas las quilón! tenía la boca cerrada como señ- Y acabados los repiques y calladas las de polendas; pero una vez que se le ib- quedas, Cordero arreó escalones abajo la lengua, soltábase en tales registros la rapazada que se le metió por el ojo

de la cerradura; bajaron en tropel la calera de caracol, carcomida por los años y sucia por la intemperie; Cordero juró no volver á dejarse ensoberbecer por plebe callejera, así le gritaran mil veces la endiablada cantaleta; y Chencho y Chicho, antes de separarse, entraron á la iglesia para ver qué color tenía la calla del oficiante, á fin de darlo en sus narices como prueba plena de que había concurrido á misa, con lo que se salvaba de una felpa segura á trueque de haber infringido el octavo mandamiento.



VIII



EN la escuela Municipal se hilaba de otra manera, aunque no menos delgado; la Aritmética y la Gramática se ponían por delante de toda enseñanza, sin relegar al olvido la Geografía y la Historia Patria.

El que conjugaba el verbo amar en todos sus tiempos, modos, números y personas, y sumaba un encerado atestado de números mayores que los de una tabla de logaritmos, ya iba para Salomón y ocupaba de rigor el primer lugar en todas las clases, con mucha envidia de los otros alumnos que sabían al dedillo donde quedaba la China y á ojos cerrados señalaban en el Mapamundi, con una varita que tenía en la punta una diminuta cuenta, todo el curso del Nilo, á igual de una hor-

U. A. N. L.